



emperador; pero la ofensa que con la destitucion habia recibido relevábale, en su concepto, de todo compromiso en este particular, creyendo que sin consideracion alguna podia seguir su propio camino aun cuando este le llevara á una oposicion abierta á Fernando. En verdad que tales comienzos no podian ser mas atrevidos: no es, pues, de extrañar que el rey de Suecia se mostrara en extremo asombrado cuando Wallenstein dió los primeros pasos en este sentido; pero tampoco lo es que su asombro le impidiera aceptar aquellas raras negociaciones.

Al desembarcar en territorio aleman nada mejor hubiera podido desear Gustavo Adolfo que aquella destitucion, casi simultánea con su desembarco, del general imperial, á quien con razon habia considerado como su mas temible enemigo. Merced á ella veía desaparecer el principal obstáculo que á su empresa pudieran oponer los imperiales, y se explica que, á fuer de adversario magnánimo, hiciera presente á Wallenstein, por conducto del conde de Thurn, cuánto lamentaba su suerte. Mas lo que nunca se habia atrevido á esperar el rey de Suecia era que el general, llevado por su deseo de vengarse de Fernando y de los príncipes de la Liga, llegara al punto de querer proceder contra el emperador, á cuyo servicio habia estado hasta hacia poco. En cambio los católicos suponian capaz de tales intenciones y proyectos á aquel hombre encolerizado y poseido de ambicion satánica, y ya en el invierno de 1630 á 1631 Tilly dió crédito á un rumor segun el cual los reyes de Inglaterra y de Suecia habian hecho grandes ofrecimientos á Wallenstein. En realidad, las primeras noticias fidedignas acerca de negociaciones directas de Wallenstein con Gustavo Adolfo datan de principios del año 1631. Entonces fué cuando el conde Matías de Thurn, primero por conducto de aquel negociador antes mencionado, Raschin, entabló negociaciones no con el mismo Wallenstein, sino con el cuñado de este, el conde Trzka, y con su esposa. Raschin desde Ratisbona dirigióse á Opatzschna, posesion del referido conde, en donde en aquel entonces se encontraba el ex-general del emperador, y ya en aquella ocasion, pero aun mas claramente algun tiempo despues, á mediados de mayo, Trzka manifestó á Raschin que Gustavo Adolfo fácilmente podria conquistar á Wallenstein si aceptaba las condiciones que este impusiera. Ciertamente ni entonces ni mas adelante — y esta circunstancia hace en alto grado difícil emitir un juicio completo de aquellas negociaciones — ha podido saberse con absoluta claridad hasta qué punto Trzka hacia aquellas manifestaciones por encargo de Wallenstein ó inspirándose cuando menos en opiniones por este manifestadas, pues el general no quiso nunca, y se comprende perfectamente, expresar por escrito sus pensamientos y sus proyectos; pero sobre el punto capital no cabe la menor duda. Los emigrados bohemios, y al frente de ellos el conde de Thurn, encargáronse con gran celo de proseguir aquellas negociaciones que tan risueñas perspectivas ofrecian á su causa. Thurn y Raschin tuvieron una entrevista con Gustavo Adolfo, que entonces se encontraba en Spandau y que acababa de conseguir á la fuerza la alianza de Brandeburgo, y le dieron la sorprendente noticia de las manifestaciones hechas por Trzka, regresando luego Raschin al lado de este para seguir negociando con él por encargo del rey de Suecia. Aquella vez Wallenstein en persona le declaró terminantemente que antes preferiria ir al infierno que encargarse nuevamente del mando del ejército imperial, y que en cuanto tuviera tiempo y ocasion para ello haria cuanto pudiera por ser agradable al monarca sueco, pero añadiendo prudentemente que no podia entrar en este terreno á tientas, tanto mas cuanto que el rey no se habia unido todavía con el elector de Sajonia. De este modo circunspecto y reservado

prosiguiéronse las negociaciones con el mayor secreto, que á ambas partes convenia en extremo mantener; pero poco á poco fueron tomando una forma mas palpable. No puede decirse con seguridad cuál de las dos partes formuló una proposicion concreta, pues en este punto la memoria de Raschin no concuerda del todo con los otros testimonios existentes; pero basta saber que en definitiva se aceptó en principio como base de la negociacion el plan de que Gustavo Adolfo cediera á Wallenstein 10 ó 12.000 hombres de su ejército sueco al mando del conde de Thurn, y que con estas fuerzas Wallenstein intentaria atraerse un cierto número de oficiales del ejército imperial de Silesia y emprenderia un ataque en el corazon de los territorios hereditarios imperiales y contra la misma ciudad de Viena. Raschin hizo despues de esto frecuentes viajes desde el campamento de Gustavo Adolfo á la residencia de Wallenstein. Durante aquellas negociaciones el monarca sueco manifestó en una ocasion que queria nombrar al general virey de Bohemia.

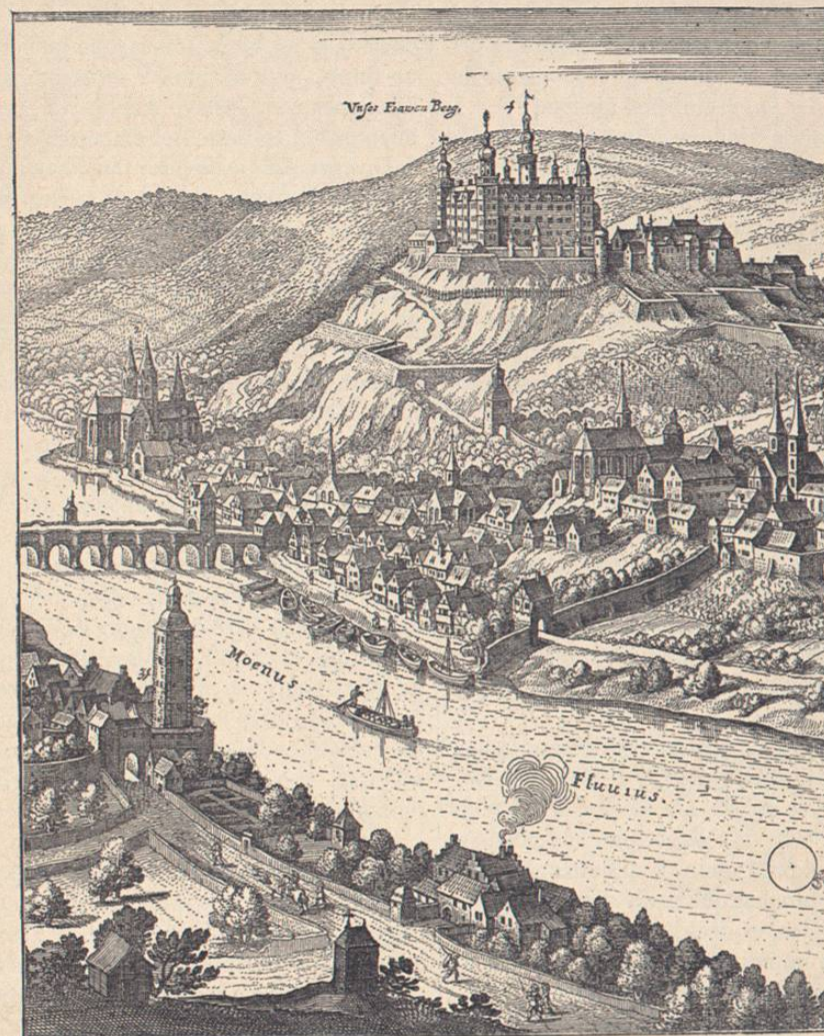
Estas negociaciones tuvieron la mas extraña expresion en una conferencia que Raschin, Trzka y el general, despues de la batalla de Breitenfeld, celebraron en un pabellon del jardin de la casa que en Praga habitaba el conde Maximiliano Wallenstein. En ella el general no ocultó su satisfaccion por la derrota de su antiguo rival Tilly y dijo: «Si á mí me hubiese sucedido esto, me habria suicidado; pero lo cierto es que lo ocurrido nos favorece.» En aquella entrevista espontáneose mas que nunca: en abierta contradiccion con la actitud que habia tomado cuando los disturbios de Bohemia, decia que la mayor locura cometida por los bohemios habia sido contentarse con arrojar por la ventana á Slawata y á Martinitz cuando lo que debieran haber hecho era hundirles el puñal en el pecho. A lo que parecia, no pensaba sino en forjar los mas vastos proyectos contra el emperador y se jactaba de querer destruir totalmente la casa de Austria y España.

¿Era esta realmente su opinion? ¿Nos la ha transmitido exactamente el negociador? ¿Quién será capaz de afirmarlo con certeza! Es muy posible que aquellas manifestaciones no sean sino una de esas explosiones de apasionamiento durante mucho tiempo contenido que de cuando en cuando vemos en Wallenstein. Pero lo que sí es indudable es que por aquel entonces estaba formalmente dispuesto á dictar, aliado con Gustavo Adolfo, al emperador las condiciones de la paz con las armas en la mano. Es muy digno de notarse que en los mismos dias en que Raschin en su cualidad de embajador sueco estaba al lado de Wallenstein, el emperador, sin sospechar siquiera esas relaciones de su general con el rey de Suecia, se dirigió por escrito y por mediacion de Questenberg á su antiguo caudillo para suplicarle que se encargara nuevamente del generalato é intentara negociar una paz con Sajonia, no siendo menos digna de atencion la actitud en que se colocó Wallenstein enfrente de tales pretensiones. Halagado en su ambicion al verse solicitado por las dos partes beligerantes, pensaba poder conquistar entre ambas una posicion política independiente y con entera libertad decidir á cuál de ellas le convenia unirse. Así es que contestó á la carta de Questenberg, de 8 de octubre de 1631, que le era imposible aceptar el mando en jefe que se le ofrecia por haberse jurado solemnemente á sí mismo no admitirlo; pero al mismo tiempo manifestábase dispuesto á intentar una negociacion con Arnim para lograr una paz separada con Sajonia. En otras palabras, lo que Wallenstein queria era conservar por ambos lados su libertad de accion, esperando por una parte la contestacion que de Gustavo Adolfo le trajera Raschin, á quien habia enterado de la proposicion de Questenberg, y no rompiendo por otra el puente que po-

dia conducirle á una reconciliacion con el emperador en el caso de que aquella respuesta no le satisficiera. Convencido de lo que podia, complaciase en demostrar cuanto habia de influir su decision en uno ú otro sentido. Como no estaba al servicio de Fernando, no podia su conducta ser tachada de desleal y mucho menos de traidora; pero es evidente que el camino que habia emprendido era en alto grado peligroso é imprimia en todo su modo de ser el sello de merecedor de escasa confianza que anteriormente no habia tenido.

Efectivamente, desde su destitucion habíase vuelto otro hombre: encolerizado justamente por la postergacion sufrida, sus fines políticos perdieron la unidad, la grandeza y la energia que durante su primer generalato dió á todos sus actos un carácter grandioso y digno de admiracion, aun cuando los medios por él elegidos fueran violentos. Por la senda entonces emprendida corria peligro de ser un aventurero grande é ilustre, pero aventurero al fin.

Si estudiamos someramente el estado en que se encontra-



El castillo de Wurzburg. Facsimile de un grabado de Mateo Merian (1593-1650), publicado en el *Theatrum Europaeum*, 1637

1. El castillo. - 2. La fundacion de San Burckhardo. - 3. Casa Alemana. - 4. Convento de San Jacobo. - 5. Hospital. - 6. Puerta de Bleicher. 33. Lazareto. - 34. Puerta de Aduana.

ban las cosas en octubre de 1631, veremos con toda certeza que Wallenstein creía seguro é inmediato un arreglo con Gustavo Adolfo y que solo para el inesperado caso de que las negociaciones con este fracasaran queria tener abierto un portillo para ponerse nuevamente en relaciones con el emperador. Todo dependia, pues, de lo que en definitiva contestara el rey de Suecia respecto de la exigencia de Wallenstein de que le cediera un ejército sueco de 10 á 12.000 hombres.

Gustavo Adolfo, mientras no estuvo seguro de Brandeburgo y de Sajonia, hubiérase apresurado á aceptar, aunque con alguna desconfianza, los ofrecimientos de Wallenstein; pero despues de la alianza firmada con los dos electores y de la gran victoria de Breitenfeld, la situacion habia variado tan por completo, que las proposiciones del general no eran

ya sino uno de tantos asuntos que habia de resolver el monarca, el cual se encontraba enfrente de un problema trascendentalísimo para el curso ulterior de su empresa cuando, despues de la batalla de Breitenfeld, celebró en Halle una entrevista con Juan Jorge de Sajonia para discutir el plan de las operaciones sucesivas.

Gustavo Adolfo habia conseguido el objeto para el cual habia propiamente emprendido su expedicion militar á Alemania únicamente en su cualidad de rey de Suecia. Los planes del emperador encaminados á lograr la soberanía en el Báltico habian sido destruidos para siempre, dentro de lo humanamente presumible, y en cambio el monarca sueco habia ocupado las costas alemanas de aquel mar. En esta situacion, si se detenia en su empresa y se retiraba á las costas del Báltico, como pensó hacerlo en la primavera de 1631 cuando con tan poco entusiasmo le acogieron los

electores protestantes, nadie podía negarle la adquisición definitiva de algunas plazas en aquellas costas situadas; pero esa retirada, que en mayo no hubiera sido censurable, habría equivalido entonces al abandono de los príncipes que, unos por fuerza como los electores de Brandeburgo y de Sajonia, y otros espontáneamente como el landgrave de Hesse, se le habían aliado. Entregar esos príncipes a la venganza del emperador y de los católicos habría sido una deslealtad de la peor especie. Era, pues, preciso seguir adelante y obligar al emperador a firmar una paz que asegurara a los aliados de Suecia una existencia completamente garantida contra cualquier ataque. Hasta entonces había hecho la guerra principalmente por el interés de Suecia; desde aquel momento debía continuarla en favor del protestantismo alemán.

En aquella conferencia de Halle, a la que por invitación suya asistió también el duque Guillermo de Sajonia Weimar, Gustavo Adolfo puso en seguida de acuerdo con Juan Jorge respecto de la necesidad de explotar en dos conceptos la victoria de Breitenfeld, por un lado combatiendo a la Liga en sus propios territorios del Oeste y del Sur de Alemania, y por otro invadiendo los territorios hereditarios imperiales comenzando por Silesia, en donde se encontraba el ejército de Tiefenbach. En el estado a que habían llegado las negociaciones con Wallenstein, el rey de Suecia podía contar con la cooperación de este si aceptaba sus condiciones, según las cuales habría tenido que destinar a la invasión de Bohemia una parte de su ejército sueco, el cual puesto luego a las órdenes de Wallenstein se dirigiría directamente contra Viena. También podía Gustavo Adolfo encargarse personalmente de la invasión de los territorios hereditarios imperiales, poniendo una parte de sus fuerzas a la disposición de Wallenstein, y unido luego con este emprender juntos las operaciones, apoderarse de aquellos indefensos territorios y dictar la paz delante de las puertas de Viena.

Ilustres militares de aquel y de posteriores tiempos le han censurado porque no obró de esta manera, y el mismo Oxenstierna, a la muerte del rey, se adhirió a la opinión de aquellos que declaraban ser esta la falta más grave cometida por Gustavo Adolfo, falta que se explica tanto menos cuanto que el mismo elector de Sajonia propuso que se dividiera en aquella forma la dirección estratégica, es decir, que el rey invadiera los territorios hereditarios imperiales y el elector con su ejército sajón avanzara hacia el Oeste de Alemania.

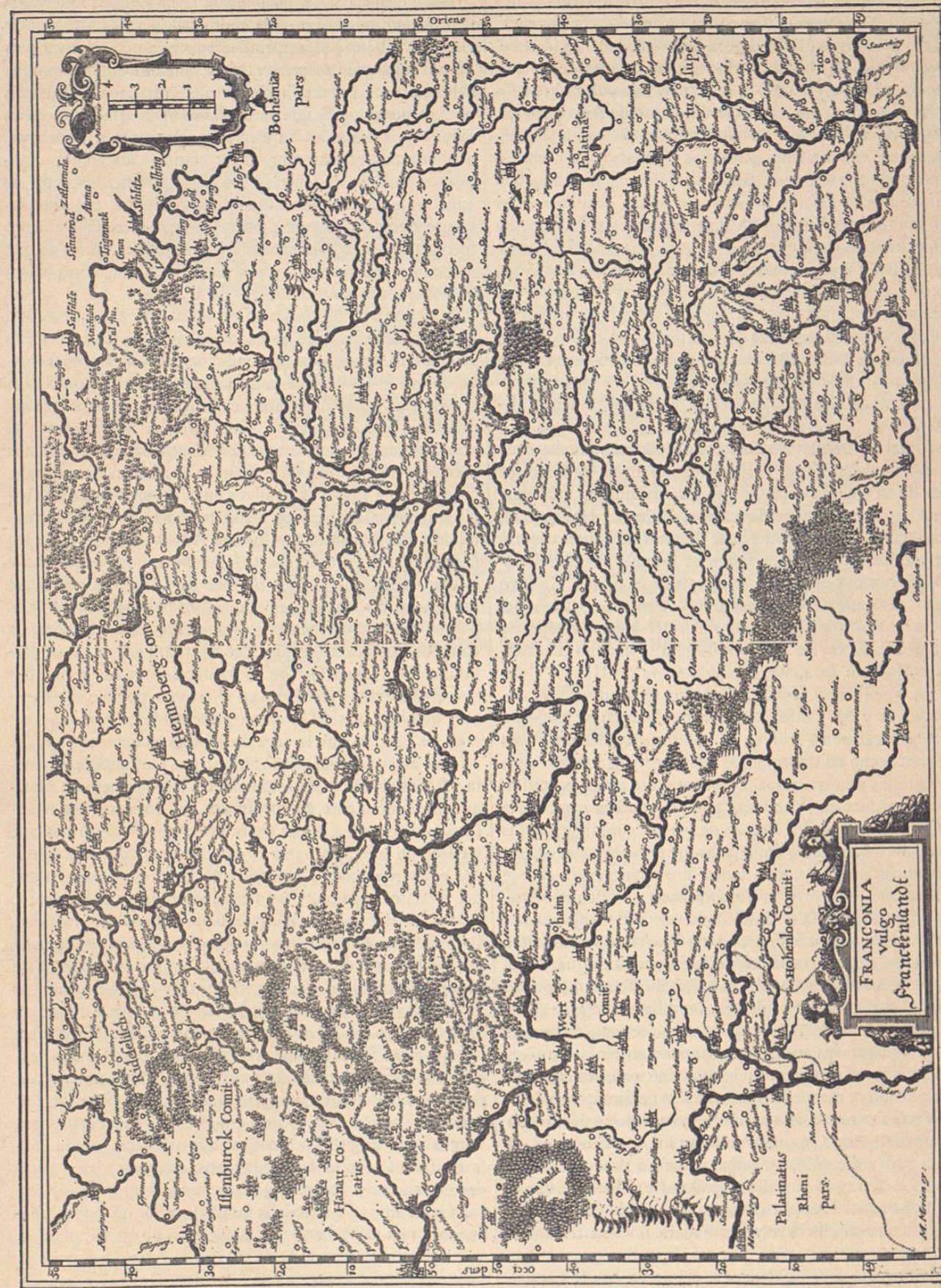
Es muy probable que el rey no aceptara este plan porque precisamente era el elector quien lo proponía, pues no le inspiraba gran confianza aquel aliado que se le había unido de mala gana y solo obligado por las circunstancias, y temía que en cuanto avanzara hacia el Oeste y se encontrara al alcance del que en Leipzig había sido su compañero de proposición, volviera a acariciar aquellos planes del tercer partido neutral, es decir, se separara de la alianza de Suecia. Además tenía para hacer lo que hizo otras razones de las que las principales solo han podido ser calificadas de poco plausibles por aquellos que han estudiado su conducta *á posteriori*, cuando los hechos estaban consumados. Gustavo Adolfo opinaba que había que vencer a la Liga, a la que consideraba como su más poderoso enemigo en el Imperio, y no quería confiar esa lucha cada vez más peligrosa a las tropas sajonas que tan mal se habían portado en la batalla de Breitenfeld, pues no podía suponer, como después sucedió, que los liguistas no le opondrían la menor resistencia en su campaña del Rin. Creía, además, que podría conservar mejor la alianza del elector de Sajonia encargándole de la invasión en los territorios hereditarios austriacos, porque de esta suerte le enemistaría más irremediablemente con el emperador. Por estos motivos se decidió a encaminarse hacia el Oeste, y por los mismos motivos,

y especialmente por lo que él mismo se exageraba las fuerzas de los liguistas, creyó que en su expedición por el Imperio no podía desprenderse de un cuerpo de ejército tan considerable como el que Wallenstein solicitaba. Así es que cuando precisamente este creía inmediata su unión a Suecia, Gustavo Adolfo rechazó su petición referente a la cesión de un ejército sueco de 12.000 hombres y le manifestó que solamente podía poner a su disposición tres regimientos que formaban un total de 1.500 hombres. Wallenstein se indignó en gran manera al ver rechazada su proposición, pues como equivalente a una negativa consideraba la oferta del monarca sueco, y declaró, al recibir la noticia, que las cosas tomarían entonces un rumbo muy distinto. Y en efecto, comenzó a romper sus relaciones con Gustavo Adolfo y a prestar oído a los ofrecimientos del emisario del emperador.

Gustavo Adolfo se puso inmediatamente en camino hacia el Oeste. Es buena prueba de cuanto su imaginación agrandaba las fuerzas de la Liga el hecho de que en un principio avanzara con gran inseguridad, a tientas por decirlo así, y se propusiera como objetivo más inmediato de su marcha la plaza de Erfurt, donde pensaba establecer sus cuarteles de invierno. En aquella ciudad, adonde llegó a principios de octubre, firmó definitivamente la alianza con el duque de Sajonia Weimar. Cuando al fin se convenció de que en parte alguna se dejaba ver un ejército de la Liga, salió de Erfurt (6 de octubre) y atravesó la selva de la Turingia, y con una rapidez inesperada se apoderó de los obispos del Mein, cuyos príncipes eclesiásticos, adictos a la Liga, huyeron apresuradamente. A los pocos días era dueño de la plaza fuerte wurzburguesa de Königshofen y de la misma capital del obispado, y el 18 de octubre rindiósele, después de alguna resistencia, el castillo de Marienburg que se alzaba enfrente de Wurzburg y en el cual sus tropas recogieron rico y abundante botín, pues en él tenían depositados todos sus tesoros los habitantes de las cercanías. Gustavo Adolfo mandó llevar a Upsala la colección episcopal de libros y manuscritos y la biblioteca de la universidad y del colegio de jesuitas.

Ante tan rápidos e inauditos triunfos, los príncipes protestantes alemanes comenzaron a abandonar la actitud reservada en que hasta entonces se habían mantenido respecto de Gustavo Adolfo: el duque Jorge de Luneburg se presentó al monarca sueco para concertar con él una alianza, y el duque de Wurtemberg se mostró también dispuesto a unirse a Gustavo Adolfo si este se aproximaba algo a él. Pero más importante que todo esto fue el hecho de que llegaran a buen término las negociaciones desde hacía tiempo entabladas por Chemnitz con la ciudad de Nuremberga, lo propio que las seguidas con los duques brandeburgueses de Ansbach y Bayreuth y con otros muchos príncipes y Estados del círculo franco. Mayor fue todavía y sobre todo mucho más leal el entusiasmo con que acogieron a Gustavo Adolfo las poblaciones protestantes. El pueblo, que tanto había sufrido con las vejaciones de los católicos durante los últimos años, considerábase como el verdadero salvador de sus creencias, de aquellas creencias a las cuales, dando pruebas de sublime abnegación, se había mantenido fiel a pesar de la opresión y de los vejámenes padecidos. Entre esa clase de gentes conquistó Gustavo Adolfo todos los corazones con su afabilidad y su piedad sincera, y ya entonces le manifestó la ciudad de Nuremberga que, si hubiera de elegirse rey de Roma, no conocía a nadie a quien con más gusto que a él pudiera conferir tal dignidad.

Como se ve, esa explosión de entusiasmo de los protestantes por el rey de Suecia, que con tal fuerza se manifestaba, entrañaba un gran peligro desde el punto de vista del sentimiento nacional, puesto que con ella se patentizaba la posi-



Mapa de Franconia. Facsímile reducido del grabado publicado en el *Theatrum Europaeum*, 1637